

ARL
176



M - 397
F - 81

CUADRO MAYOR GENERAL

DEL

ARMEDO ESPAÑOL

HISTORIA INDIVIDUAL DE SU CUADRO

EN LOS AÑOS DE 1851 A 1856.

Redactada bajo la dirección

DE D. PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO.



SECCION DE TENIENTES GENERALES



B. Blanco dib^oy lit^o

Lit de J. B. Martínez



J. B. Martínez
Sevillano

A.T.A
1830

EL TENIENTE GENERAL

D. JUAN ANTONIO ALDAMA.

—•Su antigüedad 13 de octubre de 1838•—





ASTILLA, madre de tantos varones esclarecidos lo es tambien del TENIENTE GENERAL ALDAMA, que nació de noble familia en Villarcayo el 20 de julio de 1787. Fueron sus padres el Magistrado D. Juan Antonio y Doña Genara Prudencia de Irabien, ambos de Quejana en el valle de Ayala, provincia de Alava. Despues de una esmerada educacion entró de cadete á fines de 1802 en el regimiento de caballeria de Calatrava, y concurrió á varios sucesos de la guerra con los ingleses y sitio de Gibraltar.

1803.—A la entrada de los primeros cuerpos del ejército francés se hallaba en Burgos, y mal avenido con los cumplidos y atenciones hacia los Mariscales, cuyas intenciones, por conocer su idioma, entreveía, aprovechó una buena coyuntura para trasladarse á Almagro guarnecido por parte de su regimiento.

Se había organizado allí una junta patriótica con la que hubo de transigir su nuevo gobernador Dansvilly ALDAMA se granjeó la confianza de aquella en tal manera, que en medio de la inferioridad de su grado, el mismo gobernador le adulaba como persona temible y materia dispuesta para todo estremo.

Habia interceptado la junta mucha correspondencia á los invasores cuando acertó á pasar por Almagro un oficial de la Guardia Española llamado Morfi, que desde Madrid llevaba ocultos pliegos al ejército de Dupont, que estaba en Andalucía: los suspicaces paisanos le descubrieron, le asesinaron y se apoderaron de los papeles que unidos á la correspondencia citada confiaron á su favorito CADETE para que los condujera a la Junta Central, recien formada en Sevilla.

Hizo este servicio solo, atravesando las sierras y burlando los varios puestos franceses, que ocupaban todos los caminos: en Porcuna entregó los paquetes al general Castaños, que organizaba un ejército; le narró el estado del interior, y tuvo por premio los plácemes del general y un abrazo de Reding. Se unió á un escuadrón de su cuerpo, que desde Portugal á donde le había llevado Junot á los comienzos, se había venido espontáneamente, y asistió á la victoria de Bailén.

Con el mismo escuadron y haciendo de ayudante de órdenes marchó á los Puertos, escoltando prisioneros, y á la entrada de las Cabezas de San Juan cayó con su caballo por un derrumbadero y se rompió un brazo, en cuya situación siguió su servicio y le completó.

Corría entonces el mes de setiembre y recibió su primer ascenso de alférez del regimiento de caballería de España, al que se incorporó cuando venia de la retirada de Navarra á hacer parte del ejercito del Centro. Entró con él en las batallas de Tribaldos, Uclés, Santa Cruz de la Zarza, sorpresa de Mora, encuentro de Consuegra, donde mandando en las guerrillas se le graduó de teniente sobre el campo: en el de Fuente del Fresno, y en la sangrienta retirada de Ciudad Real.

1809.—En 22 de febrero salió por elección el teniente ALDAMA á alférez de la brigada de Carabineros Reales; unióse á ella y ejército de Estremadura, y concurrió á la batalla de Talavera.

De resultas de ella quedó la Real brigada en cuadro, y se fué á la Mancha, enviando al alférez con otros al depósito establecido en Utrera en busca de tropa con que hacer el reemplazo; á tal ocasión debió no hallarse en la derrota de Ocaña. La brigada se retiró á Jaen; allí ALDAMA hizo entrega del contingente que pudo reunir, y volvió á Utrera por mas tropa, cuando no-

ticoso de haber entrado los franceses en Andalucía y al replegar-
se con su depósito , como lo hicieron los demás en dirección de
Gibraltar , llegó órden de la Junta de Sevilla para que todas las
fuerzas , mas ó menos útiles , reforzasen el ejército del duque
de Alburquerque. Ocupó este la Isla de León y en breve fué ata-
cado por el Mariscal Victor , que cerró todas las entradas : por
ello ningun destacamento pudo alcanzar la Isla sino el de ALDA-
MA que marchando por trochas y veredas , sorteó los fuegos ya
establecidos entre ambos ejércitos.

1811 á 1814.—Sufrió todas las vicisitudes de aquel memorable sitio, y á principios de 1811 pasó en el navio San Telmo á Alicante, para incorporarse á su cuerpo que combatía, con el ejército del Centro, en Murcia.

Presentóse en Totana á la division de caballería de vanguardia, y sin apearse de su fatigado caballo, tomó el mando de la primera guerrilla que marchaba á embestir á los enemigos, que en aquel momento venían sobre el pueblo, contuvo é impuso á las fuerzas superiores del enemigo, con muerte de muchos y de capitán que las mandaba, sobrino de Sebastiani.

En 9 de marzo ascendió á teniente (capitan de ejército) de la Brigada Real con la que se halló en la accion de Baza, retirada de Guadix , encuentro de la venta del Baul, expedicion de Huelna , Olbera , choques de Caravaca y Velez Rubio , con otros que produjeron las demas operaciones sobre el Tajo .

Director de la Academia de distinguidos, ascendió por elección en 6 de diciembre de 1813 á segundo ayudante de su Real cuerpo, ó séase á teniente coronel, y marchó á Osuna á reorganizarle porque estaba en cuadro, como que desde el origen de la guerra en que intervino en no interrumpidas operaciones, no se le había reemplazado por su peculiar privilegiada manera de hacerlo.

En 21 de noviembre de 1814 ascendió ALDAMA á ayudante mayor, como coronel vivo de caballeria con sueldo y antigüedad de tal y de capitán de la brigada de Carabineros Reales: y con este grado alcanzó el término de la guerra de la Independencia á los 26 años de edad.

11

1815 y 1816.—Destinado en esta época á la expedición de Ultramar que mandó el general D. Pablo Morillo, aun cuando al embarcarse para América debió obtener el coronel ALDAMA el grado de brigadier, no le alcanzó sin embargo á consecuencia de una Real orden que con el objeto de cortar algunos abusos se espidió en aquella sazon. Dispusóse entonces que no se reconociesen dichos grados mientras no constase la presentación de los agraciados en primera revista en los cuerpos á que fuesen destinados, y por esta razon marchó ALDAMA á Costa Firme en una polaca Ibicenca de mero coronel, cuyo incidente le acarreó notable atraso en su carrera como veremos luego.

Nombrao coronel del regimiento de Dragones de la Union, tan pronto como desembarcó en la Guayra el coronel ALDAMA, siguió por Caracas á Cumaná á posesionarse del mando de su cuerpo, uno de cuyos escuadrones se encontraba en el Perú y la restante fuerza en la Isla Margarita.

La resistencia había tomado en esta muy sangrientas proporciones: empezó por asesinar simultáneamente á los destacamentos que la guarneían, verificándolo Arizmendi, general indulgado por Morillo, con el que mandaba un capitán de Barbastro,

huesped suyo en el pueblo del Norte. Sacóle despues de comer con apariencia de amistad á donde estaba asesinada su fuerza y colocados los cadáveres en correcta formacion y alli le sacrificó despiadadamente negándole hasta los auxilios espirituales.

En tan grave situacion se trasladó ALDAMA á la Margarita, donde hubo de ponerse inmediatamente al frente de las operaciones por imposibilidad de su gobernador el brigadier D. Juan Bautista Pardo, quien no conservaba mas que su capital la Asuncion, con el puerto de Pampatar á distancia de dos leguas, y el total de las fuerzas que mandaba no escederia de 400 hombres.

Bloqueada la Asuncion por los numerosos rebeldes de la Isla, y sin poder adquirir otras subsistencias que las que llegaban de Costa Firme por Pampatar, era preciso al conducirlas librar diariamente combates en defensa de los convoyes que siempre se salvaron. Tan afflictiva situacion se prolongó por espacio de muchos meses, haciéndose cada vez mas desesperada la de aquellos soldados que en una guerra sin cuartel y estando de permanente servicio, dieron ocasion á los mas heroicos hechos que referirse pudieran.

1817 á 1819.—Era el dos de mayo de 1817: acabada la salva en conmemoracion del glorioso recuerdo de tal dia rompieron los insurgentes la de su bateria titulada Libertad, situada en un mogote frontero al castillejo que ocupaban nuestras tropas, con grande algazara de denuestos y amenazas de que pronto serian todos degollados porque habia llegado su libertador Bolívar con grandes fuerzas. Esta noticia que confirmaba la que tenia la gente española de que en la Isla de Santo Domingo y Callos de San Luis se organizaba una grande expedicion mandada por Bolívar, despertó los temores y avivó los ingenios. ALDAMA, maliciando lo cierto, sin perder instante y de acuerdo con el gobernador, dispuso con todo sigilo clavar y desmuñonar los pocos cañones del fuertecillo é inutilizar las municiones que, á falta de caballeria no se pudieran llevar á hombres por la poca tropa; y en la misma noche, sin que ni ella lo entendiera, sacándola de los puertos donde hacia perpétuo servicio la puso en marcha á Pampatar. Salvóse así de aquel riesgo la guarnicion de Margarita por la inapreciable prudencia del que imaginó y realizó esta operacion, pues de lo contrario hubiera sido sacrificada dentro de la capital, hallándose, como se hallaba, cerrada por todas partes, sin víveres, cogida la salida del puerto y bloqueado éste por la escuadra enemiga. Llegadas á él las tropas á la madrugada siguiente construyeron en 24 horas, otros tantos reductos y puestos fortificados á lo largo de las colinas que le rodean, en cuyo centro habia un pequeño castillo: de esta manera protegiéndose unos á otros, podia aquel puñado de valientes vender caras sus vidas, ó dar tiempo á que del Continente llegára socorro.

En el propio dia fondeó una goleta española que, confirmando la noticia de los desembarcos insurgentes, justificó las medidas realizadas por la prevision de ALDAMA. Hubiera éste podido con los oficiales y parte de tropa que cupiera en la goleta y en otro pequeño buque que tambien habia anclado, huir y salvarse en Costa Firme; pero prefirió no abandonar á uno solo de sus bravos compañeros y despachó á los barcos con aviso al Capitan General de Venezuela pintándole su situacion. De esta manera se renovó, aunque en pequeño, el celebre rasgo de Hernan Cortés cuando quemó las naves.

Quedaron los españoles en Pampatar bloqueados de la parte de tierra por numerosos enemigos dominadores de la Isla hasta sus mismas trincheras y de la del mar por una escuadra insuriente, que antes de cerrar el dia, se dejó ver haciendo espeso crucero. Lo escaso de provisiones de los almacenes del puerto, les obligó á hacer pesqueras con el auxilio de algunos fieles Guaiqueries, que era como llamaban á los pescadores indios de aquella costa, y les sirvieron de casi exclusivo alimento. Muchos días transcurrieron sin aviso, declinando el ánimo al considerar que el buque mensajero podia haber sido presa de la escuadra y que ningunos auxilios tenian que esperar; entonces se hizo serio consejo en que se acordó que el coronel ALDAMA acometiese el arresto de ir al Continente á proporcionarlos: aceptó la comision y acompañando del capitan de Barbastro Arana y tres dragones, se hizo al mar en alta noche en un lanchon pescador que guianban cuatro guaiqueries, y cuando el crucero insuriente se hacia afuera. Llegó al amanecer á la isleta desierta de Coches, donde entrando á brazos el lanchon á tierra, le cubrieron con ramas, y asi ocultos pasaron el dia viendo de continuo deslizarse por el canal las naves insurientes. En la nueva noche atravesaron los españoles no sin zozobra, el ancho Freo, y saltaron en tierra firme por cualquiera parte.

Lo deshabitado de aquel pais y la privacion de toda vereda, era un nuevo obstáculo que habia que superar: rompieron los viageros á la ventura la marcha que les cerraba lo espeso de los bosques ante-diluvianos de manzanillos, árboles y ramales: su-

bian los guaiqueries á lo mas empinado para buscar direccion, tomando la que imaginaban preferible y consentian los impedimentos de la tierra. Abriéndose calle con las espadas, huyendo de temibles abisperos y rendidos de cansancio llegaron á un conuco ó barraca india, que fué su buena dicha, pues les encaminó al Golfo de Cariaco, distante cortas leguas.

Desde allí hizo ALDAMA regresar á los pescadores con la noticia de su arribo y salvacion á los de la Isla, mandándoles tambien con horas de intervalo, tres flecheras con provisiones, y se trasladó al cercano Cumaná. No estaba allí el gobernador de la provincia y se encargó del mando; halló en sus aguas á la goleta mensajera, tres ó cuatro buques mercantes, y varias flecheras que mandaba un fiel y atrevido marino del pais llamado Guerrero. El primer cuidado de ALDAMA, fué armar los mercantes, y con la goleta y flecheras hacer una escuadrilla que salvase á sus amigos de la Margarita. Antes de que esto tuviera lugar hubo de marcharse apresuradamente á la provincia de Barcelona amagada de grave conflicto. Monagas, general insurgente, habia organizado muchas fuerzas en los Llanos altos, batido las costas que mandaba un tal Lopez y se dirigia á Barcelona.

Llegado á ella ALDAMA y suponiendo que los restos del Lopez recalarián por Clarines á las Costas de Piritu, se dirigió á dicho punto con su escolta de dragones y halló en Clarines á Lopez con dos docenas de su dispersa gente. Haciendo al amanecer una descubierta, regresó esta, acosada por la vanguardia de Monagas, que venia con el grueso de su tropa. Salio ALDAMA con la suya y restos de Lopez, impotentes para toda resistencia: atravesaron los pantanos que hay á la salida del pueblo y no sin cambiar algunas cuchilladas, ganaron la costa; traspasaron el caudoso rio de Clarines en unos congos, que por casualidad bajaban por él, y libres, sin mas perdida que la de un dragon, se dirigieron á Caracas, como capital mas próxima. Entonces supo ALDAMA la salvacion de los de Margarita en la escuadra que el había improvisado en Cumaná.

Evacuada esta Isla por los españoles, Bolívar con los generales Arizmendi Freytes, Rivas y otros y expedicion de los Callos, viñose de repente, ocupó la desguarnecida Barcelona y la fortificó. Piar, el mulato francés, con otras fuerzas penetró en la Guayana, degolló los destacamentos que allí habia y á cuantos llevaban nombre español, incluso los misioneros, y señoreó toda la provincia. Morillo, se hallaba con parte de las fuerzas expedicionarias en el vireinato de Santa Fé, tomada Cartagena.

Moró reuniendo en Caracas las pocas con que podia contar, para resistir á la invasion insurgente, formó dos divisiones de á 1500 hombres; la de vanguardia de gente indigena á las órdenes del brigadier D. Francisco Tomás Morales, y la de reserva á las del coronel ALDAMA compuesta de españoles, confiando el mando superior de ambas, al brigadier D. Pascual Real, bajo la denominacion de ejército de Oriente.

Esperando ALDAMA la reunion de este con su regimiento en una aldea de los Llanos, supo que un antiguo jefe recorría las inmediaciones, en rebelion. Era el comandante Machado, zambito de origen, de fabuloso valor y ferocidad, y cuyo renombre llenó de estupor á cuantos no siguieron sus ideas; hasta á su padre, viejo indio, había puesto de rodillas y disparádole su trabuco con propósito cierto ó singido de darle muerte. Era de temerse que Bolívar y gente de Barcelona lo atrajera como auxiliar del mas grande interés. ALDAMA para evitarlo, y confiado en su estrella, calculó ganarlo para la causa real, y despreciando que le pudiera asesinar como lo había hecho con muchos cientos de personas, marchó solo al encuentro del temible Zambo; tropezó con él en un conuco, le habló la lengua que preocupa á los valientes, y le fascinó la indiferencia con que ALDAMA oia las sangrientas indirectas sobre la situacion en que le había colocado su imprudente confianza. El rebelde se hizo amigo presentándose en el ejército, con todos los escogidos tigres, mas que hombres, que le seguian. Al poco tiempo hubo de matárselo como á una rabiosa fiera, cerrado con engaño en una habitacion y disparándole por los altos, porque se obstinó en uno de sus frecuentes accesos de frenesi, en acometer al jefe español á cuyas órdenes estaba.

Reunido el ejército de Oriente marchó sobre Barcelona que hubiera acaso tomado, sino lo estorbára el enemigo con sagaz estratagema. Cojióse á un oficial confidente de Bolívar, con pliegos á los generales Mariño y Piar, á quienes se suponia en marcha desde el interior, en proteccion de Barcelona. No era así, porque el Mariño estaba en la ciudad misma y Piar en la Guayana, como hemos referido. A tal engaño el brigadier D. Pascual Real temiendo el golpe por la espalda de los insurgentes, se replegó á un terreno cercano llamado el Juncal, cuyas inmediaciones pantanosas le aislan y hacen así mas defendible. Todavia para mayor seguridad y con el objeto de poder racionar la tropa se retiró á Clarines, siete leguas de Barcelona, proporcionando de esta manera ocasion para que Bolívar, muchos jefes y estado

mayor se evadiesen, que fué el propósito de la falaz industria, como el tiempo posterior lo demostró.

Real perdió el mando, que se confió al jefe de la división de reserva **ALDAMA**: el de la de vanguardia Morales era Brigadier, y se resintió no sin razon; pero sus pocos hábitos de disciplina le hicieron obrar con tan poca cordura en palabras y obras, que en la primera noche ya se produjo numerosa deserción de la gente del país que él mandaba. En situación tan crítica, **ALDAMA** lanzó al Morales con la reconvención y amenaza más seria; se presentó en medio de la vanguardia; organizó la persecución de los desertores de los que se cogieron 50 ó 60; dióles por jueces á sus mismos compañeros y todos fueron fusilados, produciendo este golpe de energía el mayor entusiasmo en las tropas que prorrumpieron en vivas á su general: así llamaban á **ALDAMA**. Aprovechándose de aquella impresión feliz, marchó este sin vacilar sobre Barcelona y la tomó. Los enemigos en número de unos 1500 á las órdenes de los generales Rivas y Freytes se concentraron al fuerte con las mugeres é hijos de los principales, juzgándose allí seguros y dispuestos á la defensa más tenaz. Tenían cañones y todas las aspilleras cubiertas de modo que no era posible aproximarse sin una muerte casi evidente. Carecía **ALDAMA** de todo recurso para un asalto: no tenía provisiones más que para cinco días, y era preciso aprovechar los instantes. Corre al pie de Barcelona un río que desagua á dos leguas en el cercano golfo, donde se hallaba una fragata real de guerra que montaba D. José Chacon, jefe de la escuadrilla de Costa Firme: **ALDAMA** mandó traer de á bordo varias piezas, que con arte y sumo trabajo metió en una casa delantera al fuerte, y cuando estuvo la batería dispuesta y hechos los apuntes, disparó rompiendo las balas los muros de la propia casa y abriendo después brecha en el fuerte mismo: cuando estuvo esta practicable, lanzó por ella una columna de granaderos mandada por el teniente coronel de la Unión D. Joaquín Urreiztieta, tomando así por asalto el último asilo de los rebeldes, de los que perecieron más de 600, ya en la arremetida, ya por los tiros de la infantería oportunamente colocada á la espalda cuando por ella buscaban la fuga, ya cayendo los que lograban evadir estos riesgos, bajo los sables de la caballería que les esperó en el campo. Entre los prisioneros lo fueron los dos generales Rivas y Freytes que luego ajustició el Capitán general en Caracas juzgados en consejo de guerra.

Con motivo de tan importante triunfo el General en jefe dirigió á **ALDAMA** un oficio de gracias sobre manera lisonjero, y poco después se le confirió el grado de Brigadier, que se le debía por su embarque á Ultramar, en vez del de Mariscal de campo que ya le correspondía por la toma de Barcelona. Carecía esta plaza de subsistencias y con el objeto de alcanzarlas, después de dejarla guarneida, marchó con el ejército tierra adentro en busca de ganados. Concluidas las provisiones á los dos días, la gente sobre todo los infantes, desmayados de sed y hambre, no podían continuar la marcha. **ALDAMA**, seguido de unos cuantos caballos, avanzó presurosamente y encontrando una hacienda en que había algunas reses socorrió con ellas al ejército.

En aquella sazón el general Morillo ordenó á **ALDAMA** que se dirigiese á la Guayana, acometida y ocupada en parte por los insurgentes. Obedeciendo el Brigadier esta orden, emprendió inmediatamente la marcha con las debidas precauciones: hallándose ya bastante adelantado en su marcha, sin que por parte de los enemigos se le opusiese dificultad de ningún género, cuando recibió un espreso del General en jefe Morillo, por medio del cual le prevenía retrocediese inmediatamente en su auxilio porque se veía asaltado de una horda de negros. Así lo hizo **ALDAMA**, que al tener la satisfacción de prestar socorro á su General, tuvo un contratiempo que comprometió gravemente su existencia, pues cayó con el caballo, pasando por encima de él todo un escuadrón y dejándolo sin sentido. Agregóse á esto que le picó en el oido una moscarda, lo cual fué origen de una enfermedad mortal de que se salvó por los remedios que le aplicaron ciertas mugeres indias y por medio de los cuales hubo de sanar no solo del accidente de la caída, sino también del agusanamiento que la picada le produjo en el cerebro.

El general Morillo, que sentía perder en **ALDAMA** á un jefe tan dispuesto para las operaciones, le prodigó los mayores esmeros, encargando la construcción de un fuerte que llevase su nombre; y hecho se marchó á unir con la expedición de Canterac. Medio restablecido el Brigadier á los pocos días, siguió con su división ó séase antiguo ejército de Oriente á Barcelona, para desde allí concurrir á la reconquista de la Margarita, según lo había resuelto el General en jefe.

Precedióle este con la fuerza de Canterac que desembarcó en el pequeño puerto *Por la Mar*, donde recibió al brigadier **ALDAMA**. Distaba dicho puerto dos leguas del de Pampatar en el que entraron las fuerzas reunidas por junio de 1847 abriendose así aquella campaña. Marchó Morillo á apoderarse de la Asunción, lo que no

pudo alcanzar después de un combate que duró todo el día, porque la gente española peleaba al descubierto, y tenía la insur gente una infinita serie de puestos y alturas fortificadas y artilladas desde las que diezmaba á aquella impunemente: quedaron en el campo muchos oficiales y fueron heridos los Brigadires Canterac y **ALDAMA**.

Impenetrable por aquel lado el paso al Norte de la Isla regresó el ejército á Pampatar. La escuadra marchó á las aguas del Norte para ponerse en contacto con las fuerzas de tierra cuando estas se apoderasen de aquella costa. Era, pues, preciso ir al Norte: para lograrlo, se acordó flanquear la Isla por el puerto de San Juan á la izquierda de la Asunción, y cuyo paso con razon se supuso bien defendido. El General en jefe con la mayor parte de las tropas se quedó en el pueblo que daba nombre al puerto, encargando al Brigadier **ALDAMA** que lo ocupase con cuatro batallones. Tomó este sin gran resistencia la altura, superando un camino hondo cuyos flancos eran espesos bosques y matorrales: allí tropezó con los enemigos en gran número, estableciéndose una batalla cuyos fuegos duraron desde la noche de la mañana hasta las cuatro de la tarde; rechazándose siempre á los insurgentes: á dicha hora se abrieron las nubes en espeso raudal de lluvia que, apagando los fuegos de todos, vino á espesar á la gente española á las cargas de la caballería enemiga, sin ninguna con que resistirlas. El Brigadier **ALDAMA**, comprendiendo lo critico de las circunstancias, mandó velozmente al batallón de Granada que conducía el capitán D. Agustín Noguera, hoy Mariscal de Campo, formar en columna y que acometiese á la bayoneta á los escuadrones enemigos que no podían ocupar otro terreno que el camino, por lo inaccesible de los flancos. Salió Noguera con noble bizarria al grito de «viva España» y á la carrera embistió á los escuadrones que no osaron resistir su ataque y se retiraron. Así concluyó la jornada y al anochecer se presentó Morillo á quien **ALDAMA** enteró de sus particularidades; le recomendó el batallón de Granada y á su comandante accidental, al que, olvidando antiguos e injustos agravios, se complació en conferir el empleo de comandante en propiedad sobre el campo de batalla, en virtud de delegación que el General le hizo de sus facultades régias. Obtenida esta victoria, siguió el ejército su camino en dirección de la escuadra del Norte. Se había convenido en no atacar ningún puesto fortificado sin antes obtener un completo conocimiento de su estado, pues la expedición sobre la capital, había convencido de que sin artillería y demás útiles, era hacer sacrificios costosos y estériles. Sabíase por confusas noticias que toda la línea de la escuadra estaba defendida fuertemente, como que por ella llegaban á los enemigos los auxilios del continente; así que marchaba con precaución el ejército real, aproximándose á la costa por la izquierda. Se reconoció entonces que á la derecha había una quebrada montaña, que caballera salía al mar, en cuyas colinas se alzaban diferentes fuertes y parapetos aspillados que se protegían simultáneamente: del opuesto lado cortaba la sierra una cuesta rápida que terminaba en unos extensos pantanos, y en el centro de la ensenada por la llanura antes de la sierra, tenían los enemigos, mirando al mar, una batería protegida por un parapeto de la parte de tierra.

Sin otro fin que el de reconocer bien estas obras, marchó Canterac flanqueando la montaña hacia la espalda de los pantanos, y Morillo con la división de **ALDAMA** siguió hasta ponerse en comunicación con nuestra escuadra, que cruzaba muy afuera, sin acercarse al alcance de los cañones de la batería y fuertes; se abrigaban además bajo el caballero de dicha montaña varias flecheras cañoneras, para con uno y otro oponerse á todo desembarco de los españoles. Pero este era necesario porque los ranchos estaban en las naves; había que tomarse por de pronto la batería, y encargado **ALDAMA** de esta operación, salió á ejecutarla con los batallones indígena de Clarines y el de Granada, que entusiasmado con su nuevo comandante, asaltó el parapeto á la carrera sin disparar un fusil. Los que le defendían dieron á huir por la playa y costera á protegerse en los fuertes, perseguidos por los dos citados batallones, que en la ciega embestida tomaron las primeras trincheras. No sabía el Brigadier **ALDAMA** volver atrás, ni podía hacerlo; y con las restantes fuerzas que Morillo, viéndole en semejante empeño, le fué enviando, asaltó los fuertes uno tras otro hasta llegar al último. A él se iban replegando cuantos se salvaban de los anteriores y contenía 800 ó 1000 hombres resueltos á no desalojarle, porque ni contaban con otro apoyo, ni esperaban cuartel, ni le querían. **ALDAMA** no tenía una fuerza unida bastante para treparle por que andaba toda repartida en los diferentes puntos, y viendo que llegaba el batallón de la Unión en columna por la cuesta arriba, y con un corto auxilio que Canterac le envió al propio tiempo, puesto á su cabeza, preparó el asalto. Cayeron al lado suyo los dos comandantes de aquel, y otros bizarros españoles: cuando ya tocaban los últimos parapetos, se voló un depósito de pólvora del fuerte con destrozo y mutilación de algunos de sus defensores.

res; los demás, cuando otra cosa no, arrojaban sobre las cabezas de los soldados, los fusiles después de dispararlos y no pudiendo resistir á su incomprendible arrojo, huyeron por la pendiente, aturdidos, hacia los pantanos. Ninguna evasión les quedaba: **Canterac** estaba de la otra parte, esperándoles, pero no llegaron, porque Morillo, que con unos cuantos caballos de su escolta, admiraba desde la llanura lo que acontecía, lanzóse á ellos, y acuchilló a los fugitivos que en número de 600 ó 700 quedaron flotando sobre el agua.

Mientras tuvo lugar este hecho, **Guerrero**, jefe de nuestras flecheras, empeñó combate con las enemigas; las tomó, y los que de estas huían y los que de aquellas les acosaban, echaron también en dirección de los fuertes, concurriendo de este modo á los asaltos y lances de aquel sangriento drama, y hazaña horrible, alcanzada por la división del Brigadier **ALDAMA**, sin órdenes ni humanos cálculos que la presagiase. Así quedaban de un solo golpe destruidas todas las esperanzas de los rebeldes de la Margarita, reducidos al estrecho recinto del centro, donde asentaba la capital de la Asunción, que en breve se hubiera tenido que rendir, cerrados todos los conductos por donde recibiera auxilios, supuesto que la fuerza real dominaba las costas del Norte y las del Mediódia por el puerto de Pampatar.

Pero el destino lo había resuelto de otra manera. Llegaron aquella ocasión avisos al General en jefe, de que Paez, General de renombre y Presidente después muchos años de la República de Venezuela, había organizado en lo interior de los Llanos, dos ó tres mil caballos, con los que dominaba aquellas enormes extensiones hasta las que baña el Arauca, entonces las más abundantes en ganados, y que amenazaba, pasándolos, caer sobre Calabozo y comprometer la seguridad de las mismas capitales del litoral, donde habían quedado muy pocas fuerzas. Hubo pues Morillo de abandonar el complemento de la conquista de la Margarita, como punto aislado e innecesario. Reembarcadas las victoriosas tropas en Pampatar llegaron por Cumaná á Caracas, donde Morillo obligado á acudir á los principales peligros, reunió unos 3000 hombres, y marchó á ocupar á Calabozo; dejó guarnecidas las provincias de Cumaná, Barcelona y Caracas, y envió al Brigadier **ALDAMA** á mandar la interior de Barinas y línea del Apure, juntando este entre los que llevó y en aquella tenía el coronel **Calzada**, otros 5000. Así era el Brigadier **ALDAMA** jefe de las operaciones avanzadas: situó sus fuerzas en el punto central del caudaloso río, recorriendo con ellas y dominando ambas orillas, y un batallón que fortificó en la derecha mandado por el bizarro comandante D. Juan Tello, hoy General, sostenía diariamente tiroteo con los insurgentes.

Conservado este punto como base, se hubiera podido operar con éxito, aunque no con facilidad, sobre los Llanos; empero Morillo dió orden al Brigadier y hubo de repetirla por la resistencia tenaz de éste á cumplirla, para que abandonase el punto, reforzase la guarnición de San Fernando, pueblo aislado, allá en el Orinoco, y que con las restantes tropas se replegase á Barinas. No quería **ALDAMA** ser responsable de lo que presagiaba había de acontecer, pero cuando en la porsa le indicó el General que su repugnancia pudiera ser temor de verificar el refuerzo de San Fernando, **ALDAMA** obedeció, asegurándole que le llevaría á efecto sin perder un solo hombre como lo hizo.

Fundándose entonces en la necesidad de curarse un afecto escorbútico, que padecía, pidió y obtuvo licencia para retirarse á San Carlos, primer pueblo de Caracas, dejando el mando de la división á **Calzada**, que marchó á Barinas.

Cumpliéronse los vaticinios de **ALDAMA**: libre el Apure lo atravesó Paez cayendo con sus hordas de sorpresa en Calabozo, sobre Morillo que sin caballería ninguna se vió obligado á emprender una retirada en columnas cerradas y dirección de la Puerta. Honra grande y merecida alcanzó el bravo General marchando por aquellas llanuras, rodeado siempre por los escudrones de Paez, rechazando las cargas que diariamente le daba sin posibilidad de racionarse, y con las sabanas incendiadas en todas direcciones, en el estado más violento en que puede encontrarse un cuerpo de tropas, peleando y caminando entre una nube de polvo carbonizado.

Cuando esto supo **ALDAMA** en su retiro, olvidó su resentimiento y graduando el conflicto del General, se salió aunque enfermo, de San Carlos, con 12 milicianos que la guarnecían, y con otros 20 que halló á su paso siguió amparándose de la cordillera hacia la Puerta á cuyo punto había de concurrir Morillo, de cuyo destino quería participar. Sobre la marcha sorprendió á dos confidentes de éste con pliegos á **Calzada**; la lealtad del Brigadier, el deseo de deducir la situación del General, y de conocer la que se preparaba á las tropas cuyo mando acababa de dejar le decidieron afortunadamente á abrir los pliegos. Preveniase en ellos á **Calzada** se viniera á la Puerta por los Llanos á espaldas de los enemigos: si estas órdenes eran obedecidas necesariamente había de ser batido, porque Paez bastante poderoso

para llevar acosado por delante al brioso cuerpo mandado por Morillo, era irresistible al desmembrado que por la retaguardia viniese desde Barinas. **ALDAMA** lo comprendió así y á riesgo de desagradar al General, y al pie de los mismos oficios escribió á **Calzada** los medios en su concepto adoptables para que sin riesgo se verificase la reunión. Despachó á los confidentes y **Calzada** siguió la dirección de **ALDAMA** al abrigo de la cordillera. Este encontró al General cerca de la Puerta y le refirió lo que había hecho: oyólo aquel con esfusión y aun se enviaron nuevos emisarios aprobando lo dispuesto por **ALDAMA**, que tuvo muy feliz resultado, porque reunidos ambos cuerpos dieron la célebre batalla de la Puerta, cuyo triunfo valió á Morillo un título de Marqués, aunque bien á sus expensas, pues le atravesó una lanzada de frente á espalda por la que le salió mas de una tercia.

Tiempo era de dar algún respiro á nuestras tropas: **ALDAMA** peor del escorbuto, fué á bañarse á la provincia de Caracas, y algo mejorado aunque con la pérdida de toda la dentadura, se incorporó al cuartel general en Valencia.

Paez rechazado en la Puerta se retiró y se posesionó de la provincia de Barinas abandonada por **Calzada**. Para batirle en ella se formó una división á las órdenes del Brigadier Latorre, como más antiguo, de la que **ALDAMA**, mandaba la caballería. A los pocos días en el pueblo de Cogedes alcanzaron las armas españolas otra señaladísima victoria en que batió la numerosa caballería enemiga y fueron copados tres batallones. Latorre quedó herido de consideración y **ALDAMA** perdió el caballo: después de este encuentro pasó con los restos de su regimiento á acantonarse en los valles de Aragua.

Pérfidas combinaciones de la envidia acibararon entonces la vida del Brigadier **ALDAMA** y lograron indisponerle hasta cierto punto con el General en jefe de quien, á pesar de las honrosas satisfacciones que obtuvo, solicitó y alcanzó permiso para regresar á la Península, determinación que no realizó sin embargo, hasta concluir la campaña de 1819 en que se adelantaron las operaciones desde el interior Calabozo hasta mas allá del Apure y del Arauca. Concluida esta y hallándose con la salud perdida á consecuencia de tantos trabajos y privaciones, hizo uso del permiso que tenía para regresar á su patria, terminando aquí sus hechos de armas en Costa Firme donde solo presenció y proporcionó victorias, sin adquirir grados ni otras recompensas que una reputación brillante que pudo serle fatal en su viaje, pues estuvo á pique de caer en manos de varios corsarios Margariteños. Careciendo de recursos metálicos para satisfacer el pasaje, hubo de dirigirse á la Habana por cuyas cajas, de orden de Morillo y sobre la consignación que en ellas tenía el ejército de Costa Firme, le fueron satisfechos en plazos semanales los muchos alcances que por su sueldo tenía á su favor. Esta circunstancia proporcionó á **ALDAMA** una página importante en su biografía.

1820.—Un bergantín gallego adelantó á la Habana la noticia de haberse jurado la Constitución en España; y en su consecuencia una reunión de liberales acordó hacer lo mismo en la Isla en la tarde de la llegada del buque, y se decía que estaban designadas personas para sustituir á las primeras autoridades. Supo esto **ALDAMA** en casa de D. Manuel Puente, coronel de artillería entonces, después General, quien lleno de la idea de su deber y confiado en su influencia, corrió á contribuir por la conservación del orden público, mientras que **ALDAMA**, como no conocía á nadie, marchó con el propio objeto á ofrecerse al Capitán general, Cagigal. Hallóle preocupado con la lectura de una *Gaceta extraordinaria* impresa en Madrid, en la que se refería el juramento hecho por el Rey á la Constitución de 1812, pero el correo no había llegado y se carecía de toda comunicación de oficio.

Ninguna duda podía quedar de la veracidad del suceso ni quedó en efecto. Da el palacio á la plaza de Armas en la que se halla el cuartel de la Fuerza, y en aquel preciso instante vióse salir el regimiento que en él se alojaba, dando vivas á la libertad, á la Constitución y á su antiguo coronel Quiroga, del que llevaba una imagen ó busto de trapo á la punta de un alto palo. Otro regimiento venía á secundarle por el opuesto ángulo de la plaza: ambos procedían de las fuerzas que hicieron el levantamiento de la Isla de León. Alarmado el Capitán general á semejante manifestación, envió órdenes para que las tropas se retirasen á sus cuarteles, pero no fueron obedecidas; supóse además que en el suyo, otro regimiento se barricadaba en contrario sentido, al paso que se llenaba la plaza instantáneamente de pueblo. **ALDAMA** comprendió lo grave del conflicto: era indudable que si Cagigal bajaba se le hubiera atropellado por los que habían desobedecido su autoridad; él no era personalmente conocido, pero le precedía la reputación de sus hechos en Costa Firme, y sin saber de cierto lo que podría conseguir, lanzóse á la plaza con exposición, pero determinado á conjurar la tormenta, y acercándose á la primera banda de tambores, la hizo la señal de redoble con

la espada que ceñía el teniente de navio D. Ignacio Chacon, actual Mariscal de campo, porque se había dejado la suya, con el aturdimiento, en la casa del Capitan general.

Prestó atencion la tropa sorprendida; mandóla cargar á discrecion, y obedeció: arengándola entonces con serena naturalidad y como si el caso fuera ordinario, la encomendó la obligacion en que estaba de mantener el orden, la integridad y seguridad de la colonia, los fueros de los españoles y concluyó diciendo que se iba á hacer el juramento de la Constitucion del Estado. Ya anochecia, y á la invocacion de ALDAMA se impuso por la ciudad una iluminacion que obscurecio al dia: dió orden al regimiento disidente para que concurriese al acto; y todos le reconocieron por gafe con aplauso, colocándose á su lado en calidad de ayudantes los citados Puente y Chacon, y el coronel del Fijo destacado en la Cabaña.—Mientras esto sucedia, un numeroso grupo de paisanos invadió el palacio, y hubo ALDAMA de apelar á su prestigio para ahuyentarlo, salvando así al anciano General de tan grave riesgo. Admirado éste de la universal obediencia que le prestaban todos, justo apreciador del servicio eminente que estaba haciendo, le entregó un pliego en que resignaba el mando y suprema autoridad en él, por convenir así, (decia) al mejor servicio del Rey y de la patria.

El juramento á la Constitucion se verificó por las tropas con la solemnidad posible y buen orden, en medio de las aclamaciones del mayor entusiasmo: mandó ALDAMA retirar las tropas, subió al palacio y devolvió al General su renuncia hecha pedazos, y para no disminuir ni atenuar el prestigio de éste, dejó de concurrir á las juntas y solemnidades civiles y religiosas que sucedieron despues.

El Ilmo. Obispo, las autoridades y personas mas caracterizadas, le colmaron á porfia de obsequios y muestras de la mas profunda gratitud, considerándole como el salvador de la Isla y de los intereses y vidas de su poblacion.

Embarcado poco despues el Brigadier ALDAMA en el bergantin *Rayo* llegó á Cádiz en el estio de 1820 sin otro contratiempo que un horroroso temporal sobre las costas de la Florida. Pidió y obtuvo del gobierno licencia para descansar de tan largas campañas, en el pais natal de sus padres, donde tenia alguna familia que mil veces le había llorado por muerto, y con ella estuvo cinco ó seis meses.

III.

1821 y 1822.—La insurrección que en aquella época affligió á España, comenzó á manifestarse por el alzamiento de varias partidas de facciosos, de las que fué la primera la de un tal Guergué que por Guipúzcoa detenia y robaba con frecuencia al correo. ALDAMA hizo desde Vitoria una salida en su persecucion. Diósele entonces el mando del regimiento de Santiago que estaba en Córdoba, trasladándose inmediatamente al de Pavia: la tropa de éste se había dejado embriagar por el espíritu de libertad mal entendido, de manera que su disciplina estaba en absoluta relajacion: ya se habian inutilizado sus dos últimos coroneles cuando ALDAMA fué á encargarse de él á Lérida, donde el Capitan General de Cataluña D. Pedro Villacampa le envió para separarlo de la guarnicion.

Hizo su entrada en la ciudad el regimiento con tal estruendo de vivas y mueras que atemorizó al vecindario. Habiase alojado la tropa en las casas; pero el nuevo coronel con los auxilios del gobernador D. José Bellido, hoy Teniente general, dispuso acuartelarla, á lo que ella opuso tan terca resistencia que hubo de arrestar por su mismo cuerpo de guardia á varios sargentos que se constituyeron en cabezas de motin. Muchos compromisos surgieron de este acto de energia, pues se interesaron por los sargentos los que en Madrid y en Cataluña profesaban entonces las ideas mas exageradas, pero aquellos fueron sin embargo condenados á presidio. Encerróse luego ALDAMA con el regimiento en el cuartel; le hizo entender su decidida determinacion á conservar la mas severa disciplina que solo lograran infringir pasando sobre su cadáver y la idea de tal crimen impuso á aquellos soldados que fueron en lo sucesivo un dechado de subordinacion.

Estaba el regimiento destinado á guarnecer las Baleares y para embarcarle fué á Tarragona entregando á diferentes cuerpos sus caballos, de los que no conservaba mas que unos treinta. A punto de hacerse á la vela llegó la noticia del alzamiento de la faccion de Romagosa en la Bisbal, cuya lápida de la Constitucion habian destruido. El Gobernador de la plaza no pudiendo resistir los impulsos de patriotismo del vecindario, formó una columna de nacionales e invitó á ALDAMA para que saliese mandándola con los caballos que aun conservaba el regimiento. Componiase en su origen la Milicia nacional de propietarios, comerciantes y de las mas acomodadas personas de los pueblos, en gran parte de madura edad. Salió la columna rebosando entusiasmo, pero como era inevitable, á las dos leguas el cansancio había produ-

cido su efecto. Unos se despojaban de las prendas militares mas embarazosas dejándolas sobre los bagajes: otros se paraban á descansar ó marchaban cogidos del brazo, y todos aspeados y desfallecidos llegaron á la Bisbal. Restablecida la lápida y al regreso, apareció la faccion por una montaña que domina al pueblo, disparando algunos tiros. No habian ido allí tantos padres de familia á arriesgar sus personas e intereses, y conociendo ALDAMA la amargura que les preocupaba y el mal disimulado miedo que los facciosos tambien tenian y acreditaban sus movimientos desconcertados, tranquilizó á la columna asegurándola y respondiendo de la integridad de sus vidas con el solo auxilio de los 50 caballos y bulto de la infanteria. Así la llevó sana y salva á Tarragona donde todos se le declararon deudores de la existencia y proclamaron como gran capitán. Gloria, que al decir del General ALDAMA, nadie habia obtenido con menor trabajo.

A los dos meses de hallarse en Mallorca fué nombrado Comandante general de la misma provincia de Tarragona y Gobernador de Tortosa, en cuyos conceptos hizo salidas numerosas contra las facciones, rechazándolas y batiéndolas siempre sin caso en contrario.

1825 á 1829.—A la creacion de los ejércitos, á principios de 1825, se le nombró General de la caballeria del primero que era el de Cataluña á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina y marchó á Barcelona á encargarse de este mando, que desempeñó con la sub-inspección del mismo ejército.

Entraron los franceses en España, y cuando el General en jefe supo que el Mariscal Moncey se dirigía sobre la plaza de Tarragona, comisionó á ALDAMA para su defensa, teniendo que ir á ella por mar á causa de estar todos los pasos y caminos interceptados por los enemigos. Antes de entrar en la capital se dirigió á Reus, donde había dejado á su señora y familia y allí recibió un espreso del diputado provincial Magriña, que luego lo ha sido diferentes veces á Cortes, en que le manifestaba con sigilo, que el jefe de las fuerzas que operaban en aquella provincia las había dirigido desde el Vendrell una alocución en la que se calificaba llegada la ocasión de desistir de toda hostilidad.

ALDAMA no vaciló en la linea de conducta que debia adoptar: por medios reservados comunicó órdenes á los coroneles de los cuerpos de aquella division, para que sin atender á consideraciones de ninguna especie se presentaran en la capital á cumplir con su deber: todos lo verificaron así. Con dichas tropas sostuvo la embestida que Moncey hizo sobre Tarragona, con la fortuna de rechazar á los franceses que se retiraron á dos jornadas de ella. El Mariscal le envió despues un coronel parlamentario, que se obstinó en que recibiese un gran pliego que contenía las capitulaciones de los ejércitos de la Bisbal, Morillo y Ballesteros y le aconsejaban la adhesión. ALDAMA resistió toda inteligencia en el concepto de estar bajo las órdenes, y de no poderlas recibir de ningun otro, que del Capitan general de Cataluña. Así entendía este soldado los deberes de su oficio. Resuelto á sucumbir bajo los escombros de las murallas y para no hacer participé á su esposa de los horrores de un asalto; fletó de su cuenta un buque noruego que la condujo con su tierno hijo á Mallorca. No le podia quedar ninguna duda del resultado de aquella lucha. El parlamentario mismo le dió una prueba desecharlo la escolta que le ofreció para regresar al cuartel general: «Nosotros, le dijo; somos ahora los patriotas y V. V. los franceses del tiempo de la guerra de la Independencia: á mi me han recibido en los pueblos con repique de campanas, y V. necesita un batallón para hacer el mismo tránsito.

Abierta la prodigiosa correspondencia de los soldados, hallóse que contenía impresos de las mismas capitulaciones, actos de la Regencia de Madrid, y sobre todo consejos y preceptos de sus familias para que abandonasen las filas.

Largos fueran de narrar los esfuerzos que ALDAMA hizo para contener, como lo consiguió, la desercion y conservar una actitud imponente dentro de Tarragona: Entonces fué llamado á Barcelona por el General en jefe para concurrir al gran Consejo en que se resolviera el ulterior destino de aquel ejército. Mina con copia de documentos espuso el estado en que se hallaba España: la salida del Rey de Cádiz, nombramiento de nuevo gobierno y disolucion del constitucional, y por ultimo, las proposiciones é ilimitadas ofertas del Mariscal Moncey para una capitulacion.

El Consejo oyó primero el parecer de ALDAMA, como su vocal mas moderno, reducido á esta sencilla fórmula: *En el supuesto de que el gobierno constitucional exista de cualquier manera y en cualquiera parte, mi opinión es defenderle hasta perder la vida cumpliendo con nuestros juramentos; pero si dicho gobierno no existe, si se ha organizado otro y sido reconocido, resistirle fuera cambiar nuestra situación de leales en facciosos.*

El Consejo por unanimidad acordó este voto, y previas las formalidades necesarias se estendió la mas completa, amplia y honrosa capitulacion que ha existido en el mundo, garantizando su cumplimiento, á nombre de una nacion que habia peleado

do con la Europa entera en defensa de la libertad de los pueblos un Mariscal bajo su juramento y palabra, y á ella se faltó con mengua y desdoro.

Marchó ALDAMA a encargarse de su regimiento á Mallorca con un amplio pasaporte del mismo Moncey, y á su llegada encontró ya hecha la reaccion en la Isla y nombrado por su Capitan general al Brigadier Taberner, sobrino de D. Victor Saez: éste á los pocos dias, y en el mismo en que dió á luz la esposa de ALDAMA una niña, le obligó á embarcarse en un bote y salir desterrado á Ibiza, donde despues de dos meses, se le entregó su licencia indefinida para Vitoria á donde se trasladó haciendo una penosísima marcha al traves de España. No son para numeradas las vejaciones, atropellos é insultos que recibió del pueblo, prefiriendo cuando podia quedarse en malas ventas, á los registros é incomodidades de las poblaciones. Llegó á Vitoria: la persecucion que allí sufrió le produjo una irritacion que le puso á las puertas del sepulcro. Cuando se hallaba en la cama moribundo, iban los realistas diariamente á reconocer su casa paseando las bayonetas de los fusiles hasta debajo de su propia cama. Tres años pasó en estas angustias y no siéndole posible perpetuar su residencia en Vitoria, consiguió por mediacion del Marqués de Zambrano, que confesaba serle deudor de la vida, permiso para trasladarse á la corte aunque impurificado en primera y segunda instancia y privado de sus Reales despachos.

IV.

1830 á 1834.—Continuaba D. JUAN ANTONIO ALDAMA tranquilo en Madrid, si bien reducido á la condicion de paisano, cuando tuvo lugar el natalicio de nuestra augusta Reina. Dispensáronse por tan fausto suceso numerosas gracias y á consecuencia de ellas por especial designacion de S. M. devolvióse al Brigadier ALDAMA su posicion militar, restituyéndosele sus despachos, grados y condecoraciones. Nombrósele poco despues Comandante General de la provincia de Cuenca, y allí, sin emplear un soldado, con el solo auxilio de su actividad, desarmó 14 batallones de Voluntarios realistas, trasladando á los almacenes de Madrid todo su armamento y útiles con sorpresa de su capitán general D. Genaro Quesada.

Levantáronse en la provincia algunas facciones, pero logró destruirlas ó ahuyentárlas instantáneamente. Fué entre ellas la mas considerable la que procedente de Aragón capitaneaba Carnicer y constaba de 500 á 600 hombres. ALDAMA la puso en fuga con el auxilio de un batallón que desde Valencia subía á Madrid y al que hizo variar de rumbo bajo su responsabilidad, é internándose en seguimiento del enemigo hasta Albarracín, le causó considerable número de prisioneros y desertores.

1835.—Promovido al empleo de Mariscal de campo en 26 de enero de este año, fué encargado de reforzar el ejército de Navarra con una division de cinco batallones que recogió en Aragón y con los cuales penetró en aquel país. Su primer servicio en este punto fué el que prestó protegiendo, en union de otras fuerzas, el paso de ciertas tropas que el general Gurrea conducía á la Borunda y con cuyo motivo fueron batidos los enemigos que trataron de impedir el movimiento. Terminado éste felizmente dirigiése á Estella, centro de las operaciones en aquella comarca, cuando se le presentaron sobre el camino varios comisionados de este pueblo, pintándole la amargura de su guarnicion y hospitales que con dificultad podrian racionarse al siguiente dia. Inmediatamente dispuso ALDAMA acudir á aquella necesidad y haciendo estraccion de cuanto halló útil en los cercanos pueblos de la Solana, socorrió á Estella. Sabiendo allí confusamente que Zumalacárregui se hallaba hacia los Arcos, distante cinco leguas, salió en su busca.

Al pasar por el pueblo de Arroniz que se halla al pie del elevado Monte-Jurra y despues de doblar el recodo que forma la expresada montaña, supo por unas mugeres campesinas que del lado opuesto de la cordillera había multitud de Voluntarios, y efectivamente al punto se dejaron ver algunos en las crestas entre los que se reconoció á Zumalacárregui y su E. M. al que instantáneamente siguieron sus columnas. No distaban de nuestras tropas dos tiros de fusil las del contrario, que ocupaban superiores posiciones; y urgía el momento de resolver. Marchaba á la vanguardia un batallón del Rey, y constituia la retaguardia el Regimiento de Gerona que mandaba el coronel Ribero, hoy Teniente General. Forma el camino una herradura cuyo estribo izquierdo termina sobre Arroniz: ALDAMA colocándose á la cabeza del batallón del Rey dirigióse á este punto: mas cuando á él se encaminaba y antes de poder desplegarse en batalla, bajaron como rayos tres batallones enemigos que le hicieron retroceder con perdida de mas de cien hombres. Ribero, colocado al estribo izquierdo fué mas afortunado. Su regimiento había logrado rechazar la embestida del enemigo y repuesta á su amparo la línea sostuvo la division un fuego que duró seis horas, durante las

cuales se mantuvo indecisa la victoria. Esta se decidió al fin por las tropas de la Reina, pues al caer la tarde se pronunciaron en retirada los enemigos, dejando el campo que no supieron conservar, y siendo perseguidos en resuelta dispersion por los valles de la espalda del Monte-Jurra hasta bien entrada la noche. Costó esta victoria 600 hombres entre muertos y heridos, habiéndolo sido ALDAMA en un muslo.

Pasóse la noche entera en curar á los heridos y en agenciar los medios de conducirlos á hospitales seguros para lo cual se echó mano de cuanto pudo ser habido en aquellas aldeas que fué muy poco. Con prudente prevision el General al principio del combate, había dado orden á la caballeria para que, suspendiendo su marcha á los Arcos, se le reuniera inmediatamente, y aunque esta no pudo hacerlo hasta bien entrada la noche, fué sin embargo de gran provecho pues condujo gran número de heridos. Comprendiendo la faccion lo embarazosa que había de ser la marcha, presentóse al dia siguiente y hora de la salida de la columna, pero bastaron para contenerla varias compañias de cazadores, que puso al mando del bizarro capitán de la guardia D. Ramon Narvaez, hoy Capitan General, que rechazó la acuada que sin ahinco le hizo escarmentada del dia anterior. La columna cruzó la rivera y atravesó el Ebro por Lodosa: desde allí siguieron á Logroño los heridos protegidos por el río, y el General regresó á Lerin, y pueblos de la rivera misma.

Hallábase en el de Viana á los pocos dias, cuando llegó á sus manos un espreso del General Córdoba dirigido á cualesquiera jefe de tropas de la Reina. Decíase en él que se hallaba en Maestú cuya guarnicion había ido á levantar desde su cuartel general de Vitoria con solos cinco batallones, y que en dicho punto le tenía bloqueado Zumalacárregui con triples ó mas fuerzas, por lo que pedia auxilio. Aunque Maestú estaba en la provincia de Alava, fuera de la demarcacion de ALDAMA, no vaciló este en acudir al socorro del citado Córdoba. Para llegar allí, ha de atravesarse el puerto de Cabredo, que halló ocupado por alguna fuerza carlista, empleando dos horas en desalojarla, que luego le fueron de suma falta porque no pudo llegar al valle de Tobilina, en cuya extremidad asienta Maestú, hasta cerrada la noche. Alojóse la gente en los primeros lugarcillos del mismo; y el General en la casa que ocupó Zumalacárregui en persona la noche anterior y cuyo patron le dijo que cada siete minutos había tenido dicho jefe circunstanciada noticia de su marcha y movimientos. Haciése en aquél instante consejo en Maestú y prevalecia en él el voto de sacar atrevidamente las tropas en lo mas oscuro de la noche á sálvese quien pueda, cuando se presentó de improviso ALDAMA. Su presencia escitó el mayor entusiasmo, y al otro dia de acuerdo los generales, atravesando las cordilleras inmediatas, subieron á las Amezcuas con 19 batallones donde por la imposibilidad de aprovecharlos, fueron en gran parte destruidos los numerosos depósitos, molinos, almacenes y fábricas de útiles de guerra que allí tenían los carlistas. Terminada esta operacion regresaron las tropas con considerable convoy y repasando el Cabredo, siguieron juntas á Viana, de donde Cordoba se dirigió á su cuartel general, quedando ALDAMA en los pueblos de la Rivera. Poco tiempo despues, de orden del General en jefe y ministro de la Guerra D. Gerónimo Valdés pasó á Logroño y de allí á Vitoria donde con su division y la de el General Córdoba se formó un cuerpo de ejército de 24 batallones, que el expresado General Valdés condujo á las Amezcuas.

Hé aquí como refiere el mismo General ALDAMA la parte que tuvo en este importante suceso que ya hemos descrito en otro lugar.

«Fué el ejército en su dirección por campo penoso, pero abierto, hasta que estrechándose quedó en una vereda angostísima como las que los americanos llaman picas, por la que apenas cabia un hombre y por ella se entró á la desfilada el batallón de Gerona que iba á la cabeza. La espesura del negro bosque de sus flancos ocultaba todo objeto á los veinte pasos.

«Comenzáronse á oír tiros sueltos que menudearon gradualmente: el General Valdés deteniéndose en una pequeña abra, con varios jefes, ignorando la ocasión del fuego «vaya V. General, me dijo: á dirigir el ataque.» Giré mi caballo y me fui á encargarse de las operaciones de un batallón entrando solo por la pica adelante. Sin ver nada, pero oyendo de cerca el ruido, llegué á un escalón prolongado que para continuarse la senda, se había hecho en la cuesta transversal del terreno y del que en ningún caso se pudiera apartar por el precipicio de la izquierda y cortaduras de la derecha: en esta parte encontré ya algunos soldados que tras los espesos troncos disparaban a voluntad, respondiendo á los tiros fronteros sin saber quien los producía, ni de sus oficiales, ni unos de otros, y era imposible en lo humano regularizar ningun movimiento ni decidirse á operacion de ninguna especie. Para reconocer lo que aquello era, todavía adelanté unos 50 pasos, adonde variando de figura el

»pico rompia en pendiente á formar una cuna con la delantera montaña; limpia ya de bosque y por encima de las copas de los árboles, vi 10 u 11 batallones carlistas formados en diferentes masas. Las guerrillas de ellos eran las que de la parte de acá del barranco, sostenían el fuego con los de Gerona en aquella posición si tal nombre merece. Volví al citado escalon y allí estuve mas de dos horas, animando con mi presencia á los que me vieran, y sirviendo de blanco á los enemigos que mas atrevidos se avanzaban por la vereda y me disparaban á tan corto trecho, que sobre verles las facciones del rostro, calculaba la puntería que me hacían. Ni uno de cuantos se me acercaron dejó de recibir un balazo, incluso el Brigadier D. Antonio Seoane, hoy Teniente General, que fué herido en un pie para quedar lisiado toda su vida. Un respetable capellan con celo religioso auxiliaba á los moribundos, y tal espectáculo, aunque muy edificante, era para mi nada lisonjero en tal situación.

»Durante aquellas dos angustiosas horas, la destilada, que continuó, había reforzado con tres ó cuatro batallones al de Gerona, y todos entraban en el estruendoso incierto fuego, hasta que fué calmado con rapidez de parte de los carlistas.

»El General D. Luis Fernandez de Córdoba llegó entonces y viéndome: compañero, me dijo, que atrocidad quitese V. de ahí y vamos á hacer cualquiera cosa para salir de este atasco.

»Pié á tierra entramos en el bosque: el silencio contrario permitió avanzar, y vimos que la facción había bajado al fondo por su izquierda, dejando el camino libre. Le ocuparon los nuestros lo antes que pudieron, y en la ladera y su continuación hicieron alto para dar lugar a que continuase la desfilada.

»Rendido de hambre, sed y fatiga me dormí sobre un ribazo hasta que reunidas las fuerzas seguí con la division sin el menor estorbo, y acompañado del General en jefe, hacia Estella donde se acabó de entrar á las once de la noche.»

Levantados los hospitales y guarnicion de Estella, ALDAMA acompañó al General Valdés á Pamplona y posteriormente á Vitoria. Causas que no son de este lugar, hicieron que ALDAMA creyese necesario separarse de las órdenes de Valdés y así lo solicitó por escrito, alegando falta de salud: pero el General en jefe le suspendió del empleo y destinó al castillo de la Puebla de Sanabria.

El pondonor de ALDAMA le hizo solicitar un Consejo de Guerra, que dejase á cada uno en su lugar: el ministro á la sazon, marqués de las Amarillas, le contestó que en observancia de la disciplina, cumpliese la orden, sin embargo de tomarse muy en cuenta el caso. Recibió ALDAMA este mandato en Valladolid, donde coincidió el General Córdoba, nombrado recientemente, en jefe del ejército y por disposicion de aquel, que despues aprobó el gobierno, le acompañó al primer sitio de Bilbao. Levantado éste, consultó ALDAMA á S. M. si se dirigiría á la Puebla, y á vuelta de correo recibió una Real órden en que se le decía que satisfecha la Reina de sus servicios le destinaba de nuevo á continuar la guerra.

Inauguró su segundo mando en Navarra, con dos triunfos contra fuerzas muy superiores en Mendigorria y Sesma, pasando despues á Los Arcos, de órden del General en jefe, con el encargo de acopiar granos y conducirlos á Lerin y demás cantones del Ega.

Dos días llevaba ALDAMA en esta operacion, adoptando cuantas precauciones le sugería su prudencia para no ser sorprendido y batido, como juzgaba posible y manifestó al General Córdoba con copia de razones, cuando en el tercer dia un batallon mandado por D. Froilan Mendez Vigo, que estaba acantonado bajo un torreon que hay estramuros del pueblo, tuvo que redoblar su vigilancia toda la noche acosado por los aduaneros: ALDAMA no durmió recorriendo sin cesar los puestos avanzados, y al rayar el alba descubrió alguna gente por las alturas de los cerros de la izquierda.

Está la villa de Los Arcos á la extremidad de una colina baja y prolongada, por cuya izquierda vá el camino á la Rivera: á su frente corre paralela una cordillera montañosa por donde vinieron los enemigos. ALDAMA ocupó rápidamente la colina, dispuesto á librarse la batalla en el espacio intermedio; situó en un llano al confín de su espalda, la caballería en dos cuerpos que se protegiesen de frente y flanco, y se componía de dos escuadrones de Lanceros de la Guardia completos, y otros dos cortos de Cazadores de la misma, á las órdenes del Comandante don Diego Leon. Aquel punto era el único en donde podría obrar, y donde no vaciló que sería buscada por la de D. Carlos que la escedía en número. En el ala derecha y estribo de la colina por donde podría doblarse al llano, colocó cuatro piezas rodadas y protegidas por un batallon mandado por D. Leopoldo Odonell.

Dispuesto todo empezó la refriega descolgándose diferentes guerrillas por el cerro que empeñaron fuego con las que bajaron de la colina, reforzándose unas y otras mutuamente por ambas líneas de batalla. Como había previsto ALDAMA, el mayor empuje se dirigió contra el ala derecha, por lo que Odonell hubo de concentrarse sobre la linea, y franca la vuelta al llano entraron los escuadrones enemigos con grita y algazara sostenidos por tres batallones, cargando por un declive á la carrera. ALDAMA ba-

jo el tema del nombre de Leon que la mandaba, arengó á la caballería, y entusiasmó á los de la Guardia, cuyo sereno y bizarro Comandante viendo venirse la carga encima, dió la espalda y retiróse al paso para tomar tierra y con un rápido movimiento, se volvió y cargó tan corto y unido que en el acto quedaron arrollados los enemigos. Vueltas caras huyeron en desorden la cuesta arriba, y Leon detrás lanceó á cuantos alcanzaba y estremadamente á los batallones que medio atropellados por los suyos no podían escapar tan ligeros como quisieran. El destrozo fué grande, y desde entonces para siempre la caballería nuestra superó á la contraria en cuantos lances proporcionó la guerra. Desalentado con este desastre D. Carlos, que era el que en persona con su Cuartel Real vino allí, desistió de su empresa y fué paulatinamente replegándose por aquellas alturas, dejando el campo á la victoriosa division de ALDAMA. Por la opuesta entrada al pueblo hizo tambien el enemigo su acometida que fué rechazada por las fuerzas que oportunamente dejó allí ALDAMA. Enterado el General Córdoba de tan brillante triunfo, le mandó volver á sus cantones y al entrar en Viana, recibió á la caballería formadas las tropas en gran parada y puso á Leon su propia cruz de San Fernando. ALDAMA obtuvo la grande de la misma orden.

1836.—Ocupado en la persecución de los enemigos, sostuvo con ellos diferentes choques; protegió las obras de fortificación en la linea del Ega, custodió diversos convoyes y últimamente apoyó con la caballería la expedición de Córdoba sobre Cirauqui y Mañeru.

En 6 de abril fué nombrado Gobernador y comandante general de la provincia de Tarragona, y en 17 de julio Gobernador de Barcelona y segundo cabo de Cataluña, donde mandaba el General Mina, que despues de aliviarse en Francia, estaba en peor estado que cuando dejó á Navarra.

Por entonces el pueblo de Figueras asesinó á su Gobernador aprovechándose de que el grueso de tropas de la comandancia, andaba en operaciones, y obligando á la poca que le guarnece á refugiarse al castillo. Mina encargó á ALDAMA que se constituyera en el lugar del crimen, que formase causa y castigase á los delincuentes, y para ello marchó sin otro refuerzo que el de un anciano secretario. La serenidad del General le salvó del gran peligro que en la ciudad corriera toda autoridad legítima; huyeron aquellos á quienes argüia la conciencia, la causa se formó, y el crimen hubiera sido castigado sino recibiera ALDAMA oficio del General en jefe para regresar á Barcelona. Habiérase ésta sublevado: Mina, gravemente enfermo, delegó el mando en ALDAMA, que así alternaba de los riesgos de la guerra á los conflictos políticos: en la travesía halló al Gobernador de Tortosa huyendo del pronunciamiento de la ciudad, cuando aquel iba á entrarse en el de la capital en fuerza del cumplimiento de su deber. Coincidio con su llegada el recibo de la orden del gobierno para jurarse la Constitucion de 1812.

Intereses ilegítimos habian prevalecido sobre la mal acatada autoridad, hallábanse amortiguadas las operaciones de la guerra, y se había hecho entender al gobierno que ésta tocaba á su fin. No era así: en ninguna provincia de España se alzó la rebelion mas rudamente; ALDAMA se hizo respetar; centralizando algunas fuerzas castigó á la facción en Villafranca del Panadés y descubrió el estado de las cosas al gobierno. Este, envuelto en complicaciones de entonces, relevó á ALDAMA de Cataluña nombrándole Capitan general de Andalucía (17 de noviembre de 1836). De su mando en este distrito solo diremos, que despues de haber cesado en él, le eligió por su Senador.

1837.—En 21 de febrero renunció el mando de Valencia y en 20 de mayo aceptó el de Extremadura. Hizo salidas contra las facciones que osaban penetrar en el distrito, batiéndolas, y acuchilló á la de Pego con dos docenas de quintos. En 18 de agosto se le relevó del mando, sin que el general lo pueda atribuir á otra causa que al hospedage y muestras de afecto que prodigó á D. Ramon Narvaez, cuando en desgracia, llegó á Badajoz.

Por entonces recibió de Barcelona, como grato recuerdo que le conservaba, el título de su Académico de buenas letras.

1838 y 1839.—En 13 de octubre se le nombró segunda vez Capitan general de Andalucía, y en 25 de mayo Comandante general de la Guardia Real de caballería, y se le declaró gran cruz de San Hermenegildo. Con dicha Guardia Real salió á la Mancha, salvó á Ciudad Real y ahuyentó á los carlistas en Villarrubia de los Ojos. En 26 de agosto fué encargado del Ministerio de la Guerra con retención de la comandancia general.

Una expedicion facciosa cayó de sorpresa sobre Valladolid, que abandonaron el Capitan general y autoridades, y gran conflicto amagaba á Castilla. Espartero manifestó que no podía desprenderse de fuerzas ningunas para contener este golpe, y no habiendo otras que las del cuerpo de reserva, organizado en Andalucía por el General Narvaez, sin aplicación en la Mancha ya pacificada, se nombró á este Capitan general de Valladolid, cuyo cargo renunció. La sensacion que ésta y otras contrariedades produjeron en el ánimo de ALDAMA, le obligaron á solicitar pertinazmente ser sustituido en el ministerio; lo fué por el Brigadier D. Francisco Hubert.

En 13 de octubre fué promovido al empleo de TENIENTE GE-

NERAL; luego en 12 de febrero se le nombró Capitan general de las Islas Baleares; despues en 24 de noviembre, se le trasladó al distrito de Granada, donde recibió la prueba de estimacion que los mallorquines le dieron, proponiéndole para su Senador.

En Granada se negó á cooperar con las armas para triunfar en las elecciones; el Gefe político sorprendió al gobierno con riesgos que no existian, y éste envió en posta al conde de Cleonard á encargarse del distrito; quedando admirado de la paz, y órden que reinaba en la provincia, y del aprecio que se había conquistado ALDAMA.

1840.—En 24 de julio se le nombró Capitan general de Castilla la Nueva y en los dos meses que desempeñó este encargo, sobrevinieron sucesos que merecen particular consideracion.

Así los refiere el General:

«Venian contrastando de tiempo atrás los partidos, y estaban en el mas alto grado de exacerbacion: el ruido del descontento amenazaba romper en la corte apoyado por su numerosa Milicia nacional. Para empeorar la situacion se realizó entonces un viaje á Cataluña de las Reales Personas, quedando en Madrid solamente tres ministros. La guarnicion se reducia á unos cuantos caballos de la Guardia, un escuadron de artilleria de la misma, y un corto batallon de la Reina Gobernadora. Reclamé de todas maneras y en todas partes algun refuerzo, y solo pude obtener el de dos medios batallones, 1.^o del Rey y un Provisional.

»En diferentes Consejos de Ministros á que concurri, solo se me propuso para resistir la tormenta, que declarase á la corte en estado de sitio; pero soy demasiado severo en la observancia de las leyes para abarcar la responsabilidad de su infraccion: la doctrina reconocida entonces, era la de que jamás pudiera llegar este caso sino cuando apurados los medios de la autoridad civil, se impetrassen los de la militar, para restablecer el órden. Un escrito erudito del auditor D. José Maroto, despues Ministro del Tribunal supremo de Guerra, demostraba que ningun ministerio fué poderoso para preteger á los jefes militares acusados ante el Congreso como infractores, por haber puestó á Madrid en estado escepcional. Ademas, para sostener dicha resolucion, era necesaria una fuerza armada de que se carecia: los numerosos descontentos hubieran despreciado una amenaza estéril, y hubiera quedado el prestigio de la autoridad, sobre vencido, vilipendiado: la Milicia nacional no dependia de mis órdenes, sino de las del Alcalde primero.

»No me era dado hacer prodijos: lo único que podia ofrecer y ofrecí en holocausto de la disciplina, fué el sacrificio de mi persona, pero como corta defensa para tamano empeño, supliqué se me eximiese del mando. D. Diego Entrena renunció la gefatura politica á vista del temeroso espectáculo que se preparaba y el Gobernador general Buerens se encargó del mando civil. Yo preferí sucumbir honrosamente á abandonar un puesto que alguien habia de llenar, porque aunque no me han gustado, jamas cejé ante los peligros. Resuelto á mi propio sacrificio adopté cuantos medios estuvieron en mi poder: hice imprimir el bando de estado de sitio para tenerle á punto en la coyuntura; señalé á los cuerpos de la limitada guarnicion los puntos que habian de cubrir sin otra órden, en caso de alarma, y lo fueron, á los del Rey, la plaza de Oriente para proteger los deshabitados Palacios de S. M. y los ministerios; el Principal y Puerta del Sol, como centro de operaciones, á los de la Reina Gobernadora; el Prado, á la caballeria y artilleria, apoyadas por el Provisional, cuyo cuartel era el Pósito: asi quedaba cortada la poblacion y en mejor aptitud para acudir á los peligros hasta en sus confines. Envié al Retiro, ultimo punto en que presagié deberme apoyar, á cuatro correos con que trasmisitir avisos al esterior, y por ultimo mandé á los subalternos que no se separasen de la capitania general á ninguna hora, para estar dispuestos á recibir órdenes.

»Las infinitas denuncias que de continuo recibia por mis particulares relaciones y ningunas por las autoridades, me afirmaban mas y mas en el convencimiento de que la revolucion iba á estallar.

»Para asaltar una brecha solo se necesita un valor muy comun, pues queda la gloria despues de la vida; pero no lo es tanto el del que se somete á perderla en el vano empeño de avasallar sin recursos á la opinion armada y compacta de un estenso pueblo. Pues este aspiré yo á merecer, triste condicion de la obediencia militar! Llegó el tremendo dia *Primero de Setiembre*: desde por la mañana circulaba la noticia de la proximidad del rompimiento; previne al Gefe Politico que sin perdida de momento me anunciasse el menor accidente que ocurriera, vesti de uniforme, puse en mi bolsillo las veinte onzas de oro, que poseia, y me constitui en el despacho de la capitania general. Al anuncio de que los tambores de los Nacionales tocaban generala y de que Buerens estaba detenido en el Ayuntamiento, monté á caballo; mi secretario D. José Caparrós, me agarró del muslo suplicandome que no saliera porque iba á ser victimas sin poder contar con un soldado; á lo que le repuse: «se engaña V. yo lo soy, y conmigo se puede contar, y si sucumbo, puesta llevo la mortaja.» Partí con la escolta de lanceros, tambien prevenida de antemano; halle á los del Rey en la plaza de Oriente, y á su cabeza marché á la Villa por el camino mas corto: al desembocar la calle del Luzon, me dieron el quien vive cuatro Nacionales y un cabo con las armas preparadas: me adelanté; reclamé respeto á mi autoridad y les dije que iba al Ayuntamiento; el cabo envió un individuo al atrio de este, cuya puerta se entreabrió para que entrase el Nacional, salió un paisano con fornituras y fusil, y sin mas prevenciones, me apuntó y disparó. Esta fué la señal: los cuatro hombres hicieron lo mismo, volviendo las cabezas horrorizadas de su crimen; oyóse una descarga de los que se ocultaban en las casas de la plazuela, desierta á la vista, y cai con el caballo muerto instantáneamente atravesado cráneo y pechos de numerosas balas. Aunque contuso del golpe, me levanté observando que algunos cazadores que venian á la cabeza del batallon del Rey se pasaron en el acto á los agresores; fui al encuentro de la tropa y escolta que tuvo algun caballo herido, y habian hecho alto á la

entrada de la calle, y allí el Comandante del referido batallon manifestó con términos sumisos, que sus oficiales y soldados, no querian batirse con la Milicia y pueblo. Despues de mis reconvenciones; *«Vayanse VV., les dije, á su cuartel, encierrense en él y no agraven el desorden;»* fuéreron y quedé solo; se me acercó entonces el General D. Juan Lorenzo con escolta de Nacionales: venia á suplicarme que fuese en persona á salvar al batallon de la Reina Gobernadora, que detenido en la embocadura de la calle de Postas se hallaba bajo los tiros de cuatro de Nacionales apoderados del Principal, gradas de San Felipe, casa del conde de Oñate y demas de la calle Mayor y Puerta del Sol. Los términos con que califiqué la conducta de Lorenzo no importan para el caso: los Nacionales con la vista baja daban muestra de convencimiento y respeto. Era preciso salvar á los de la Reina Gobernadora; monté en el caballo de un soldado y eché solo por la calle del Arenal. Lorenzo y los Nacionales me siguieron: al desembocar á la Mayor, retumbó el grito de vivas á la Constitucion; me presenté á aquellos, y armas al hombro los pasé por delante de las gradas y casa de Correos y por la calle de Alcalá nos dirigimos al Prado. Ya estaba allí la caballeria y artilleria, y en el Pósito, el Provisional: mandé que conservando este su cuartel se situase en el suyo la artilleria; escaloné á los de la Reina en la cuesta del Retiro y coloqué á la caballeria en su ancho patio. A los pocos momentos los del Pósito salieron, oficiales y soldados, del brazo de los paisanos haciendo causa comun con el Pronunciamiento. No me quedaba otra infanteria que el medio batallon de la Reina: con un piquete aseguré la puerta de salida en lo reservado, y con los antes dispuestos correos despaché avisos á los puntos del distrito donde habia algunos destacamentos, con órden de que se me reuniesen en Tarazona, y envíe tambien un parte del acontecimiento á Valenciea, donde se hallaba la corte.

»Dos batallones de Nacionales ocuparon las casas de Medinaceli y Villahermosa, para tenerme en jaque: no calcularon que sobraba prevencion para quien abandonado de todos, únicamente podia cañonear algunas casas, sacrificar á un puñado de leales y morir ensangrentado y maldecido estérilmente por propios y extraños.

»La junta provisional creada en el instante, me dirigió oficios invitandome á tomar parte en sus disposiciones: los rechacé, la hice responsable de las desgracias que sobrevinieran, y recomendé al inofensivo vecindario; en tal situacion permanecí el resto de aquel dia, con el desengaño y desconsuelo de que solo me ofrecieran su apoyo tres personas, entre las que estaba el venerable duque de Castroterreno. Por la noche dispuse salir por la puerta de lo reservado: al verificarlo vino el jefe del batallon Reina Gobernadora á manifestarme, que éste desde la cuesta del Retiro, se habia unido á los Nacionales y así con la caballeria y artilleria de la Guardia, unica, escasa, pero fiel tropa que me quedaba, sali á la alta hora de las doce camino de Tarazona. A este punto acudieron los coritos destacamentos que convoqué desde el Retiro é hicieron su viaje en valde, porque desde sus cantones se fueron al Pronunciamiento. D. Narciso Claveria condujo luego tres ó cuatro batallones desde Valencia, con los que formé un cuerpo disciplinado que entregué con el mando del distrito, á los pocos dias, á D. Diego Leon.

»En 6 de setiembre fui nombrado Capitan General de Granada, á donde no pude ir, porque como la mayor parte de España, se habia levantado y manejaba por una junta. En Tarazona, supe que muchos jefes de los cuerpos de Madrid se disputaron la primacia en abandonarme; lei las mas duras calificaciones por la conducta austera que habia observado; los periódicos ridiculizaron mi alocucion á la Guardia en gratitud de su fidelidad, y por ultimo dieron la fausta noticia de que habia sido asesinado por mi propia tropa *«Atroz calumna á los que fueron modelo de subordinacion!»* Con pasaporte para el extranjero que me remitió el ministro de la Guerra, General Azpiroz, marché á Valencia escusando entrar en las poblaciones, porque mi presencia contradecia los regocijos que se tributaban al General Espartero, de vuelta de Madrid con los Ministros nuevamente nombrados. Me presenté casi de incógnito á S. M. la Reina Gobernadora pidiéndola (sin éxito) un asilo en el mismo buque en que se fué á Marsella; lo hice al General Espartero al que debí la atencion de ofrecerme pasaporte y del que no hice uso por que tenia el de Azpiroz; marchandome en un vapor á Francia sin otro consuelo que los abrazos de mi hijo único que me acompañó á bordo.

El General ALDAMA, abiertas las Cortes se presentó en el Senado donde le llamaba su deber. Algunos despreciables creyeron en obra meritoria su asesinato y tuvo aquel ocasión y muchos avisos para convencirse de que lo iban á ejecutar: resignado á tan feroz estrella, pidió pasaporte para las Provincias que le negó el Regente del Reino cuando se fue á despedir de él; y por ultimo logrando que se le olvidase, vivia en el oscuro recinto de su casa, cuando el ministro D. Agustín Nogueras, viendo en la escasez reducida á las pocas pagas que cobraban entonces las clases pasivas, á su General de la Isla Margarita, le nombró suplente del Supremo tribunal de Guerra y Marina, y en tal situacion sobrevinieron los sucesos de 1843.

Supuestos estos, el General ALDAMA estaba llamado á las mas elevadas posiciones como tributo de sus servicios, de sus riesgos y padecimientos; pero no ha sido asi: ignoramos la causa. A fines de 1843 se le ofreció la Capitanía general de Puerto Rico á donde no fue, sin saber nosotros tampoco el motivo: el General se ha abstenido de darnos detalles sobre estos particulares, sabemos que se admitió su renuncia de suplente del consejo de la Guerra y que desde entonces se halla de cuartel en Madrid; y concluimos esta biografia con las siguientes palabras del General.

»Si algun dia me decido á escribir detalladamente los actos de mi vida, demostraré que no es la fortuna comunmente fruto de los que se consagran al servicio de su Patria.»